

TIEMPO ORDINARIO**26º tiempo ordinario****CELEBRAMOS A S. JERÓNIMO¹****30 de setiembre****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

El ejercicio de la lectio, seguramente, nos va dando un fundamento firme para la fe; nos sentimos madurar y ver las cosas de otro modo, quizás más profundo desde la luz de la Palabra; un peligro latente es el de creernos mejor que otros..... saber más..... tener mejor oración.....etc..... y con ello el de sentirnos un grupo de elegidos o gente muy diferente a los demás..... ¿nos estará pasando esto? ¿cuál es la prueba de que en verdad no ocurre esto?¿qué querrá Jesús que hagamos desde ésta gracia de maduración que es la lectio divina?

LECTURA:**Mc 9,38-43.45.47-48***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS:**

A pesar de los esfuerzos de Jesús por enseñarles a vivir como él, al servicio del reino de Dios, haciendo la vida de las personas más humana, digna y dichosa, los discípulos no terminan de entender. A los discípulos no les gusta el trabajo liberador de otros, no piensan en la alegría de los que son curados por aquel hombre. No les preocupa la salud de la gente, sino su prestigio de grupo. Pretenden monopolizar la acción salvadora de Jesús, nadie puede curar si no se adhiere.

Jesús reprueba eso, lo primero y más importante no es el crecimiento del grupo, sino que la salvación llegue a todo ser humano, incluso por medio de personas que no pertenecen al grupo. Rechaza la postura sectaria y excluyente y adopta una actitud abierta e inclusiva donde lo primero es liberar de todo lo que esclaviza y destruye. Este Espíritu ha de animar a sus verdaderos seguidores.

Fuera de la Iglesia católica hay en el mundo un incontable número de hombres y mujeres que hacen el bien y viven trabajando por una humanidad más digna, más justa y más liberada. Hemos de sentirlos como amigos y aliados y no como adversario. No están contra nosotros si están a favor del ser humano.

Los discípulos quieren ejercer un control sobre la actividad de quien no pertenece a su grupo. La crisis que sufre hoy la Iglesia es una oportunidad para que los seguidores de Jesús recordemos que nuestra primera tarea no es organizar y desarrollar con éxito nuestra propia religión, sino ser fermento de una humanidad nueva. Por eso no hemos de vivir recelosos, condenando posiciones o iniciativas que no se ajustan a nuestros deseos o esquemas religiosos. No es muy propio de la Iglesia de Jesús estar siempre viendo enemigos por todas partes. Él nos invita a alegrarnos de lo que gentes e instituciones ajenas a la Iglesia pueden estar haciendo por un desarrollo más humano de la vida.

A veces los cristianos guardamos una mentalidad de religión privilegiada que nos impide apreciar todo el bien que se promueve en ámbitos alejados de la fe. Casi inconscientemente tendemos a pensar que somos nosotros los únicos portadores de la verdad, y que el Espíritu de Dios solo actúa a través de nosotros.

A veces se identifica Reino de Dios e Iglesia, así el reino solo se realizaría por la Iglesia y crecería y se extendería en la medida en que crece y se extiende la Iglesia. Pero no es así, no crece solo entre cristianos, sino entre todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que hacen crecer en el mundo la fraternidad.

Según Jesús, todo hombre, grupo o institución capaz de echar demonios de nuestra sociedad y de colaborar en la construcción de un mundo mejor está, de alguna manera, abriendo camino al reino de Dios.

Es fácil que también a nosotros, como a los discípulos, nos parezca que no son de los nuestros, porque no entran en nuestra Iglesias ni asisten a nuestros cultos. Sin embargo, según Jesús, "el que no está contra nosotros está con nosotros" No hay un solo combate por la justicia –por equívoco que sea su trasfondo político- que no esté silenciosamente en relación con el reino de Dios, aunque los cristianos no lo quieran saber. Don se lucha por los humillados, los aplastados, los débiles, los abandonados, allí se combate en realidad con Dios por su reino, se sepa o no, él lo sabe.

Los cristianos hemos de valorar todos los logros a favor de la humanidad, en favor de la justicia, de la verdad, de la libertad, de la educación, de la paz. Políticos, periodistas, educadores, obreros, arte, cultura, deportes.

¹ Ver apéndice al final

Lejos de creernos portadores únicos de salvación, los cristianos hemos de acoger con gozo esa corriente de salvación que se abre camino en la historia de los hombres, no solo en la Iglesia, sino también junto a ella y más allá de sus instituciones. Dios está actuando en el mundo.

Fidelidad a Jesús y pluralismo: el pluralismo es un síntoma de nuestra época, por la cultura, por los medios de comunicación, por la movilidad de la gente, se entra en contacto con otras culturas, religiones o ideologías muy diferentes a la propia. Se así –lo que P. Berger llama- contaminación cognoscitiva, los diferentes estilos de vida, valores, creencias, posiciones religiosas y morales se mezclan y cada vez más; en el seno de la sociedad y en el interior de cada uno.

Se reacciona, ante esto, de forma diversa: algunos con un relativismo generalizado. Otros ahondan y conocen mejor su propia tradición. Otros caen en un relativismo total. Otros se atrincheran en una ortodoxia de gueto. Así ante el relativismo se reacciona con absolutismo e integrismo doctrinal, fuera de nuestro grupo no hay nada bueno ni verdadero; y esto no solo religioso, también político, ideológico, etc.

Los cristianos habremos de aprender a vivir nuestra fe sin disolverla ligeramente en falsos relativismo y sin encerrarnos ciegamente en fanatismos que poco tienen que ver con el espíritu de Jesús. Siempre es posible la fidelidad a Jesús y su proyecto, y la apertura honesta a todo lo bueno y positivo que se encuentra fuera del cristianismo. Lo primero es olvidarse de los propios intereses y ponerse a servir. No escandalizar. Ni con la mano, el pie o el ojo. Es decir con la actividad y el trabajo –bendecir, curar, toca no herir, golpear, someter o humillar-; por pies que caminan por caminos contrarios a la entrega y el servicio; los deseos y aspiraciones-si no miramos con amor y ternura-

Entrar al reino con la imagen de Jesús: manco, cojo y tuerto a la plenitud de la vida. Los cristianos hemos de hacer opciones que aseguren la fidelidad a Jesús para que su proyecto se abra camino en el mundo.

La Eucaristía es escuela de apertura, en la que se aprende a ver la obra de Cristo y que enseña el juicio crítico de las realidades humanas.

Marcos reúne aquí, como un catecismo comunitario,

la primera parte gira en torno a la actitud que se ha de asumir frente al que no pertenece a la comunidad; Jesús se opone a la actitud **intolerante** de Juan y sus compañeros.

la segunda trata el tema del **escándalo**. Hemos estado habituados relacionar aquel primer significado de escándalo con los pecados contra el sexto mandamiento. Pero se refiere a todo lo que lleva a dejar de creer.

La Gehena, que se ofrece como lugar de condenación, es el Valle de los “hijos de Hinom”, en Jerusalén, donde se ofrecieron sacrificios de niños. El profeta Jeremías maldijo, y por ese motivo la tradición posterior lo presenta como el lugar del juicio final. A este lugar, símbolo de la condenación, se lo describe con una imagen tomada de Is 66,24: es el sitio “donde el gusano no muere y el fuego no se apaga”.

La palabra escándalo, en el lenguaje bíblico, tiene dos significados fundamentales: el de tropiezo y el de obstáculo.

* En el **primer significado**, indica algo que es **causa de caída**, que lleva fuera del camino, en el lenguaje de Jesús, que conduce al pecado y la Gehena.

* En el **segundo significado**, indica algo **que impide y cierra el acceso**, un muro más que una piedra; en el lenguaje de Jesús, lo que obstaculiza la venida de la fe y el ingreso al Reino de Dios.

Los dichos parecen tener orígenes diversos, pero Marcos ha logrado formar un conjunto armónico.

El primer dicho se refiere al escándalo de los pequeños. Se refiere a la persona que induce a uno de los discípulos a abandonar la fe. Podemos causar escándalo por callar, por indiferencia, por dejarnos caer; no sólo por una acción “extraordinariamente y visiblemente reprochable”

V. 38. 39.40.41 Los discípulos, en **actitud sectaria**, pretenden tener el monopolio de Jesús. Se consideran los dueños de la causa de Jesús y condenan a los que actúan fuera del grupo, especialmente si triunfan. Es la tentación del exclusivismo o del “capillismo”. Describe bien el rígido esquematismo dentro del que, tanto los discípulos como nosotros, queremos encerrar la libertad del Espíritu, que sopla siempre donde quiere y como quiere.

Los cristianos no somos los dueños de la salvación que nos trajo Jesús. Teniendo responsabilidades y modalidades diversas en el seno de la Iglesia, los cristianos sólo debemos lograr que, con nuestro testimonio, nuestra palabra y nuestras obras, los hombres encuentren al Señor.

La conciencia de la gratuidad del don de Cristo nos obliga a valorizar todo lo que en el mundo anuncia y manifiesta su presencia redentora.

Cristo, el único que tiene una respuesta exhaustiva a la inquietud que se encuentra en el corazón del hombre, puede enviar el Espíritu Santo para que ilumine el corazón de toda persona. Nuestro más profundo deseo debería ser el de Moisés, cuando exclama: “*Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu!*” .

Junto con la tentación del poder estaba la tentación propia de los fariseos, que buscaban controlarlo todo, tener bajo su mirada dominante todo lo que tuviera que ver con la religión y las costumbres.

Jesús había dicho los discípulos que se cuidaran de contagiarse. Los Discípulos también querían controlarlo todo. Jesús prefiere ser tolerante, como S. Pablo en Flp. 1,18: "pero ¿Qué importa. Después de todo, de una u otra manera, con sinceridad o sin ella, Cristo es anunciado y de esto me alegro y me alegraré siempre"

En la primera lectura: todos profetizan. El Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8) No debemos llevar a las cosas de la fe una especie de localismo y de fanatismo.

Dios ha elegido, sí, los instrumentos para manifestarse; ha querido instituciones que fueran lugares de encuentro y de acción privilegiados por su Espíritu (Iglesia, sacramentos, la jerarquía el sacerdocio), pero no se ató a ellos, no dio su Espíritu en monopolio y ni concesión a nadie, justamente porque la libertad de Dios es tal que ninguna realidad creada la puede expresar en forma completa, o administrarla.

Impone gran respeto y tolerancia, debemos mirar con alegría, no con celos a quienes, sin ser de los nuestros profetizan y expulsan a los demonios, es decir, obran a favor de una auténtica promoción del hombre. El cristiano debe examinar todo y conserva lo que es bueno (1 Tes 5,21)

La causa de Jesús no coincide exclusivamente con la del grupo estricto de los suyos, y el reino de Dios excede con mucho los límites de la Iglesia. No sólo hay en el ancho mundo personas capaces de realizar signos liberadores, sino que deben ser reconocidas y agradecidas por sus compromisos de justicia y de caridad.

El Espíritu de Dios no se encierra en grupos o instituciones, sino que es soberanamente libre. La intolerancia (religiosa o nacionalista o ideológica) ha creado multitud de funestas consecuencias.

En el Evangelio del domingo pasado (Mc 9, 33-37) los discípulos se dividían y separaban entre ellos en nombre del propio ego. Aquí se separan de los otros en nombre del "nosotros" del propio grupo. El nombre propio, individual o colectivo, es principio de división. Sólo el Nombre de Jesús es factor de unidad entre todos. La Iglesia no está compuesta por los que nos siguen a nosotros, sino por los que siguen a Cristo, con nosotros o sin nosotros.

Las palabras de Jesús: «No se lo impidan, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí (v. 39) no son una expresión de oportunismo. Jesús quiere que sus discípulos comprendan la irracionalidad de su conducta. Nos enseña la tolerancia y la magnanimidad. Quiere que sus discípulos tengamos un espíritu abierto, que nos eleve más allá de la estrecha mentalidad de grupo. El verdadero cristiano, que es hijo de Dios, no ve en los otros enemigos a combatir o rivales con los que hay que competir, sino hermanos con los que hay que convivir y a los que hay que amar.

Criterios básicos acerca del modo de ser discípulos de Jesús: ver lo positivo de la vida, colaborar con todas las fuerzas emancipadoras, agradecer toda ayuda, servir a los demás gratuitamente y no escandalizar a los que buenamente se inspiran en Cristo para realizar su vida. En definitiva, magnanimidad frente a mezquindad, generosidad frente envidia, tolerancia frente a sectarismo.....

V. 42 Los pequeños (mikroi en griego) pueden ser los niños, o los miembros de la comunidad en cuanto han pretendido hacerse como niños para entrar en el Reino. Quizá podría referirse también a los pobres", los mas humildes de la comunidad, despreciados por los ricos y poderosos. A estos pequeños se los llama también "creyentes". Al que pone en peligro la fe de los pequeños más le valdría sufrir una terrible pena de muerte que soportar el castigo reservado al escándalo.

El Señor cuida nuestra fe como un don inmenso y maravilloso, pero a la vez frágil y fácil de perder. Por eso decimos ¡aumentanos la fe (Lc 17,5), y pone a Pedro para que confirme a sus hermanos en la fe (Lc 22,32). Ese don, que está en el origen de la vida cristiana, debe ser preservado por medio de la oración y de la entrega al Evangelio. Pero es un tesoro que llevamos en vasos de barro, y esto nos llama ser responsables de la fe de cada hermano y hermana. Sobre todo, del que es más débil en la fe y que debe ser especialmente protegido.

V. 43.44. 45.46.47 Luego siguen otros tres que forman una unidad, donde el escándalo es la piedra de tropiezo que uno puede ser para sí mismo. Todos está unidos por la expresión "es mejor". Los tres dichos siguientes, nos invitan a apartarnos del peligro del pecado y la tentación.

La mano, el pie y el ojo. El clima es judicial. No se dice la falta pero se puede suponer: el robo, la rebelión (levantar la mano contra otro) o la mano que derrama sangre inocente.

La mirada malvada, la envidia, la mirada concupiscente, o la mirada altanera o soberbia.

Jesús propone un esquema triple: **pie, mano, ojo.** De donde podemos hacer **tres preguntas:**

¿Hacia Dónde y por dónde caminamos? El "camino" es el nombre que la Iglesia primitiva le da a la comunidad cristiana. Jesús habla de caminar por el camino estrecho, en Salmo 1,1 se habla de los dos caminos; El Deuteronomio, de no apartarse del camino de la Ley, etc.

¿Hacia dónde se elevan mis manos? ¿Es la mano que se abre para dar y recibir, que se extiende para abrazar, construir, escribir o alabar o bien, negativamente para robar, defraudar y matar-literal y figuradamente-¿

¿Cómo nos miramos a nosotros mismos? ¿cómo miramos al otro para decirle nuestro amor?

El ojo puede admirar lo creado, dirigir una mirada compasiva, o, por el contrario mostrar envidia, soberbia, altanería, rechazo o desamor.

v. 43: es posible, desde la visión grecorromana antigua del cuerpo como metáfora comunitaria, que estos dichos tuviesen una dimensión comunitaria y sirviesen para excluir a miembros de la Iglesia que habían cometido pecados graves.

Gehenna: según 2 Re 23,10 el valle del Hinón había sido utilizado para el sacrificio de niños, la descripción del fuego se basa en Is 66,24 probablemente.

La enseñanza de hoy está en función de la relación de la Comunidad con otros grupos que no pertenecen a la Comunidad de Creyentes.

En la perícopa se mencionan tres tipos de otros. Dos favorables y un tercero hostil. Los favorables: los que hacen milagros en el nombre de Jesús, aunque no vayan explícitamente con él y sus discípulos (v. 38-40), y los que les dan de beber aunque sólo sea un vaso de agua por pertenecer a Cristo (v. 41). El hostil es el posible gestor de escándalo en la fe de los pequeños (v. 42). La comunidad tiene que habérselas con todos éstos.

El primero: Jesús admitirá la posibilidad de que efectivamente haya quienes así procedan. Frente a ellos los discípulos se muestran recelosos, autoritarios y restrictivos. Impiden a quien realiza tal signo que termine de concretarlo. Su dinámica es exclusivista. Ellos mismo lo refieren como si fuera lo más natural, lo más obvio. Jesús responde, negándoles el derecho de impedir hacer el bien, luego admite que el monopolio del bien evangélico no se halla en la comunidad que lo sigue sino incluso que fuera de él pueden manifestarse fuerzas que cooperen y adelanten la presencia del Reino de Dios, cuyo germen si se encuentra ciertamente en dicho grupo.

Esto nos ilumina en varios ámbitos de nuestra existencia como cristiano pertenecientes a una comunidad.

- En el interior de la Iglesia a la que pertenecemos existen diferentes grupos y comunidades, donde frecuentemente hay enfrentamientos.
- Entre las distintas Iglesias, no se plantea un relativismo religioso que piensa que cualquier Iglesia es lo mismo. Sino desde la convicción profunda de fe de que la verdadera Iglesia de Jesucristo es la Iglesia católica, y, al mismo tiempo, desde la percepción de la existencia de conatos exclusivistas de intransigencia dentro de la comunidad católica, que impiden la aceptación gozosa de la intervención salvífica de Dios a través de otros canales, es decir, iglesias no católicas.

El segundo de los grupos favorables: la afirmación refiere la posibilidad de encontrar subsidios y ayudas inesperadas en la acción evangelizadora. La comunidad de los cristianos está llamada a relacionarse con otros que Dios mismo suscitará, y que colaborarán con ella en la causa de la evangelización y de la proclamación del Reino de Dios.

El tercer grupo: los desfavorables: se alude a ellos a través de una de las expresiones más duras del Evangelio. Pues se trata de escandalizar: impedir el camino de fe. Frente al panorama optimista de los grupos anteriores, que podría suscitar falsas seguridades, el Señor, al presentar este posible tercer grupo adverso, obliga a los discípulos a prestar atención a sí mismo y a los otros. Ellos podrían ser motivo de escándalo.

Jesús exhorta a sus discípulos a cultivar tres actitudes:

Contemplativa: ver la obra de Cristo y de su Gracia allí donde se manifieste, incluso fuera de las estructuras visibles de la comunidad creyente, siendo concientes de que ella no tiene su monopolio

Receptiva: es dejarse ayudar por los subsidios de la misericordia de la providencia de Dios que se expresa a través de canales insospechados, que muchas veces tampoco pertenecen abiertamente a la comunidad.

Discernir: atentos desde una actitud serenamente crítica que ha vencido las trampas de una ingenuidad infantilista, que el escenario de la historia humana en la que transcurre la evangelización es el campo en que ha sido sembrada la cizaña, y que siempre habrá intentos que pretendan obstaculizar el crecimiento del Reino, que deberán ser desenmascarados y denunciados con profética clarividencia.

ORACIÓN COMUNITARIA:

ACTUAMOS: PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario

San Jerónimo:

-*"Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo"*

-*"¿Cómo es posible vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer al mismo Cristo, que es la vida de los creyentes?"*

-*"Estoy con quien esté unido a la Cátedra de san Pedro" "yo sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia".*

La Biblia, instrumento «con el que cada día Dios habla a los fieles, se convierte de este modo en estímulo y manantial de la vida cristiana para todas las situaciones y para toda persona».

Leer la Escritura es conversar con Dios: «Si rezas --escribe a una joven noble de Roma--hablas con el Esposo; si lees, es Él quien te habla».

Como interpretar la Biblia

«un criterio metodológico fundamental en la interpretación de las Escrituras era la sintonía con el magisterio de la Iglesia». «Por nosotros mismos nunca podemos leer la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos en errores. La Biblia fue escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo»

«Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente con el "nosotros" en el núcleo de la verdad que Dios mismo nos quiere decir». «Para él una auténtica interpretación de la Biblia tenía que estar siempre en armonía con la fe de la Iglesia católica».

La lectura de la Escritura lleva al santo a entregarse a los demás: es necesario «vestir a Cristo en los pobres, visitarle en los que sufren, darle de comer en los hambrientos, cobijarle en los que no tienen un techo».

La Palabra de Dios «indica al hombre las sendas de la vida, y le revela los secretos de la santidad».

BENEDICTO XVI: AUDIENCIA GENERAL: Miércoles 7 de noviembre de 2007 San Jerónimo (1)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy centraremos nuestra atención en san Jerónimo, un Padre de la Iglesia que puso la Biblia en el centro de su vida: la tradujo al latín, la comentó en sus obras, y sobre todo se esforzó por vivirla concretamente en su larga existencia terrena, a pesar del conocido carácter difícil y fogoso que le dio la naturaleza. San Jerónimo nació en Estridón en torno al año 347, en una familia cristiana, que le dio una esmerada formación, enviándolo incluso a Roma para que perfeccionara sus estudios. Siendo joven sintió el atractivo de la vida mundana (cf. Ep 22, 7), pero prevaleció en él el deseo y el interés por la religión cristiana. Tras recibir el bautismo, hacia el año 366, se orientó hacia la vida ascética y, al trasladarse a Aquileya, se integró en un grupo de cristianos fervorosos, definido por él casi "un coro de bienaventurados" (Chron. ad ann. 374) reunido en torno al obispo Valeriano.

Después partió para Oriente y vivió como eremita en el desierto de Calcis, al sur de Alepo (cf. Ep 14, 10), dedicándose seriamente a los estudios. Perfeccionó su conocimiento del griego, comenzó el estudio del hebreo (cf. Ep 125, 12), transcribió códices y obras patrísticas (cf. Ep 5, 2). La meditación, la soledad, el contacto con la palabra de Dios hicieron madurar su sensibilidad cristiana. Sintió de una manera más aguda el peso de su pasado juvenil (cf. Ep 22, 7), y experimentó profundamente el contraste entre la mentalidad pagana y la vida cristiana: un contraste que se hizo famoso a causa de la dramática e intensa "visión" que nos narró. En ella le pareció que era flagelado en presencia de Dios, por ser "ciceroniano y no cristiano" (cf. Ep 22, 30).

En el año 382 se trasladó a Roma. Aquí el Papa san Dámaso, conociendo su fama de asceta y su competencia de estudioso, lo tomó como secretario y consejero; lo alentó a emprender una nueva traducción latina de los textos bíblicos por motivos pastorales y culturales. Algunas personas de la aristocracia romana, sobre todo mujeres nobles como Paula, Marcela, Asela, Lea y otras, que deseaban comprometerse en el camino de la perfección cristiana y profundizar en su conocimiento de la palabra de Dios, lo escogieron como su guía espiritual y maestro en el método de leer los textos sagrados. Estas mujeres nobles también aprendieron griego y hebreo. Después de la muerte del Papa san Dámaso, en el año 385 san Jerónimo dejó Roma y emprendió una peregrinación, primero a Tierra Santa, testigo silenciosa de la vida terrena de Cristo, y después a Egipto, tierra elegida por muchos monjes (cf. Contra Rufinum 3, 22; Ep 108, 6-14).

En el año 386 se detuvo en Belén, donde, gracias a la generosidad de una mujer noble, Paula, se construyeron un monasterio masculino, uno femenino, y una hospedería para los peregrinos que llegaban a Tierra Santa, "pensando en que María y José no habían encontrado un lugar donde alojarse" (Ep 108, 14). En Belén, donde se quedó hasta su muerte, siguió desarrollando una intensa actividad: comentó la palabra de Dios; defendió la fe, oponiéndose con vigor a varias herejías; exhortó a los monjes a la perfección; enseñó cultura clásica y cristiana a jóvenes alumnos; acogió con espíritu pastoral a los peregrinos que visitaban Tierra Santa. Falleció en su celda, junto a la gruta de la Natividad, el 30 de septiembre del año 419/420.

Su formación literaria y su amplia erudición permitieron a san Jerónimo revisar y traducir muchos textos bíblicos: un trabajo muy valioso para la Iglesia latina y para la cultura occidental. Basándose en los textos originales escritos en griego y en hebreo, comparándolos con versiones precedentes, revisó los cuatro evangelios en latín, luego los Salmos y gran parte del Antiguo Testamento. Teniendo en cuenta el original hebreo, el griego de los Setenta —la clásica versión griega del Antiguo Testamento que se remonta a tiempos precedentes al cristianismo— y las precedentes versiones latinas, san Jerónimo, apoyado después por otros colaboradores, pudo ofrecer una traducción mejor: constituye la así llamada "Vulgata", el texto "oficial" de la Iglesia latina, que fue reconocido como tal en el concilio de Trento y que, después de la reciente revisión, sigue siendo el texto latino "oficial" de la Iglesia.

Es interesante comprobar los criterios a los que se atuvo el gran biblista en su obra de traductor. Los revela él mismo cuando afirma que respeta incluso el orden de las palabras de las sagradas Escrituras, pues en ellas, dice, "incluso el orden de las palabras es un misterio" (Ep 57, 5), es decir, una revelación. Además, reafirma la necesidad de recurrir a los textos originales: "Si surgiera una discusión entre los latinos sobre el Nuevo Testamento a causa de las lecturas discordantes de los manuscritos, debemos recurrir al original, es decir, al texto griego, en el que se escribió el Nuevo Testamento. Lo mismo sucede con el Antiguo Testamento, si hay divergencia entre los textos griegos y latinos, debemos recurrir al texto original, el hebreo; de este modo, todo lo que surge del manantial lo podemos encontrar en los riachuelos" (Ep 106, 2).

San Jerónimo, además, comentó también muchos textos bíblicos. Para él los comentarios deben ofrecer opiniones múltiples, "de manera que el lector sensato, después de leer las diferentes explicaciones y de conocer múltiples pareceres —que se pueden aceptar o rechazar— juzgue cuál es el más aceptable y, como un experto agente de cambio, rechace la moneda falsa" (Contra Rufinum 1, 16). Confió con energía y vigor a los herejes que no aceptaban la tradición y la fe de la Iglesia. Demostró también la importancia y la validez de la literatura cristiana, convertida en una auténtica cultura, ya entonces digna de confrontarse con la clásica: lo hizo con el tratado *De viris illustribus*, una obra en la que san Jerónimo presenta las biografías de más de un centenar de autores cristianos.

Escribió también biografías de monjes, ilustrando el ideal monástico, junto a otros itinerarios espirituales; además, tradujo varias obras de autores griegos. Por último, en su importante *Epistolario*, obra maestra de la literatura latina, san Jerónimo destaca por sus características de hombre culto, asceta y guía de las almas. ¿Qué podemos aprender nosotros de san Jerónimo? Me parece que sobre todo podemos aprender a amar la palabra de Dios en la sagrada Escritura. Dice san Jerónimo: "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo". Por eso es importante que todo cristiano viva en contacto y en diálogo personal con la palabra de Dios, que se nos entrega en la sagrada Escritura. Este diálogo con ella debe tener siempre dos dimensiones: por una parte, debe ser un diálogo realmente personal, porque Dios habla con cada uno de nosotros a través de la sagrada Escritura y tiene un mensaje para cada uno.

No debemos leer la sagrada Escritura como una palabra del pasado, sino como palabra de Dios que se dirige también a nosotros, y tratar de entender lo que nos quiere decir el Señor. Pero, para no caer en el individualismo, debemos tener presente que la palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la verdad a lo largo de nuestro camino hacia Dios. Por tanto, aun siendo siempre una palabra personal, es también una palabra que construye a la comunidad, que construye a la Iglesia. Así pues, debemos leerla en comunión con la Iglesia viva. El lugar privilegiado de la lectura y de la escucha de la palabra de Dios es la liturgia, en la que, celebrando la Palabra y haciendo presente en el sacramento el Cuerpo de Cristo, actualizamos la Palabra en nuestra vida y la hacemos presente entre nosotros.

No debemos olvidar nunca que la palabra de Dios trasciende los tiempos. Las opiniones humanas vienen y van. Lo que hoy es modernísimo, mañana será viejísimo. La palabra de Dios, por el contrario, es palabra de vida eterna, lleva en sí la eternidad, lo que vale para siempre. Por tanto, al llevar en nosotros la palabra de Dios, llevamos la vida eterna. Concluyo con unas palabras que san Jerónimo dirigió a san Paulino de Nola. En ellas, el gran exegeta expresa precisamente esta realidad, es decir, que en la palabra de Dios recibimos la eternidad, la vida eterna. Dice san Jerónimo: "Tratemos de aprender en la tierra las verdades cuya consistencia permanecerá también en el cielo" (Ep 53, 10).

BENEDICTO XVI: AUDIENCIA GENERAL Miércoles 14 de noviembre de 2007 San Jerónimo (2)

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos hoy la presentación de la figura de san Jerónimo. Como dijimos el miércoles pasado, dedicó su vida al estudio de la Biblia, hasta el punto de que mi predecesor el Papa Benedicto XV lo reconoció como "doctor eminente en la interpretación de las sagradas Escrituras". San Jerónimo subrayaba la alegría y la importancia de familiarizarse con los textos bíblicos: "¿No te parece que, ya aquí, en la tierra, estamos en el reino de los cielos cuando vivimos entre estos textos, cuando meditamos en ellos, cuando no conocemos ni buscamos nada más?" (Ep. 53, 10). En realidad, dialogar con Dios, con su Palabra, es en cierto sentido presencia del cielo, es decir, presencia de Dios. Acercarse a los textos bíblicos, sobre todo al Nuevo Testamento, es esencial para el creyente, pues "ignorar la Escritura es ignorar a Cristo". Es suya esta famosa frase, citada por el concilio Vaticano II en la constitución *Dei Verbum* (n. 25).

Verdaderamente "enamorado" de la Palabra de Dios, se preguntaba: "¿Cómo es posible vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer a Cristo mismo, que es la vida de los creyentes?" (Ep. 30, 7). Así, la Biblia, instrumento "con el que cada día Dios habla a los fieles" (Ep. 133, 13), se convierte en estímulo y manantial de la vida cristiana para todas las situaciones y para todas las personas. Leer la Escritura es conversar con Dios: "Si oras —escribe a una joven noble de Roma— hablas con el Esposo; si lees, es él quien te habla" (Ep. 22, 25). El estudio y la meditación de la Escritura hacen sabio y sereno al hombre (cf. In Eph., prólogo). Ciertamente, para penetrar de una manera cada vez más profunda en la palabra de Dios hace falta una aplicación constante y progresiva. Por eso, san Jerónimo recomendaba al sacerdote Nepociano: "Lee con mucha frecuencia las divinas Escrituras; más aún, que el Libro santo no se caiga nunca de tus manos. Aprende en él lo que tienes que enseñar" (Ep. 52, 7).

A la matrona romana Leta le daba estos consejos para la educación cristiana de su hija: "Asegúrate de que estudie todos los días algún pasaje de la Escritura. (...) Que acompañe la oración con la lectura, y la lectura con la oración. (...) Que ame los Libros divinos en vez de las joyas y los vestidos de seda" (Ep. 107, 9.12). Con la meditación y la ciencia de las Escrituras se "mantiene el equilibrio del alma" (Ad Eph., prólogo). Sólo un profundo espíritu de oración y la ayuda del Espíritu Santo pueden introducirnos en la comprensión de la Biblia: "Al interpretar la sagrada Escritura siempre necesitamos la ayuda del Espíritu Santo" (In Mich. 1, 1, 10, 15). Así pues, san Jerónimo, durante toda su vida, se caracterizó por un amor apasionado a las Escrituras, un amor que siempre trató de suscitar en los fieles. A una de sus hijas espirituales le recomendaba: "Ama la sagrada Escritura, y la sabiduría te amará; ámala tiernamente, y te custodiará; hónrala y recibirás sus caricias. Que sea para ti como tus collares y tus pendientes" (Ep. 130, 20). Y añadía: "Ama la ciencia de la Escritura, y no amarás los vicios de la carne" (Ep. 125, 11).

Para san Jerónimo, un criterio metodológico fundamental en la interpretación de las Escrituras era la sintonía con el magisterio de la Iglesia. Nunca podemos leer nosotros solos la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. La Biblia fue escrita por el pueblo de Dios y para el pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el pueblo de Dios podemos entrar realmente con el "nosotros" en el núcleo de la verdad que Dios mismo nos quiere comunicar. Para él una auténtica interpretación de la Biblia tenía que estar siempre en armonía con la fe de la Iglesia católica.

No se trata de una exigencia impuesta a este Libro desde el exterior; el Libro es precisamente la voz del pueblo de Dios que peregrina y sólo en la fe de este pueblo podemos estar, por así decir, en el tono adecuado para comprender la sagrada Escritura. Por eso, san Jerónimo exhortaba: "Permanece firmemente adherido a la doctrina de la tradición que te ha sido enseñada, para que puedas exhortar según la sana doctrina y refutar a quienes la contradicen" (Ep. 52, 7). En particular, dado que Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro, todo cristiano —concluí— debe estar en comunión "con la Cátedra de san Pedro. Yo sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia" (Ep. 15, 2). Por tanto, abiertamente declaraba: "Yo estoy con quien esté unido a la Cátedra de san Pedro" (Ep. 16). San Jerónimo, obviamente, no descuida el aspecto ético. Más aún, con frecuencia reafirma el deber de hacer que la vida concuerde con la Palabra divina, y sólo viviéndola encontramos también la capacidad de comprenderla. Esta coherencia es indispensable para todo cristiano y particularmente para el predicador, a fin de que no lo pongan en aprieto sus acciones, cuando contradicen el contenido de sus palabras.

Así exhorta al sacerdote Nepociano: "Que tus acciones no desmientan tus palabras, para que no suceda que, cuando prediques en la Iglesia, alguien en su interior comente: "¿por qué entonces tú no actúas así?" ¡Qué curioso maestro el que, con el estómago lleno, diserta sobre el ayuno! Incluso un ladrón puede criticar la avaricia; pero en el sacerdote de Cristo la mente y la palabra deben ir de acuerdo" (Ep. 52, 7). En otra carta, san Jerónimo reafirma: "La persona que se siente condenada por su propia conciencia, aunque tenga una espléndida doctrina, debería avergonzarse" (Ep. 127, 4). También con respecto a la coherencia, observa: el Evangelio debe traducirse en actitudes de auténtica caridad, pues en todo ser humano está presente la Persona misma de Cristo. Por ejemplo, dirigiéndose al presbítero Paulino —que después llegó a ser obispo de Nola y santo—, san Jerónimo le da este consejo: "El verdadero templo de Cristo es el alma del fiel: adorna este santuario, embellecelo, deposita en él tus ofrendas y recibe a Cristo. ¿Qué sentido tiene decorar las paredes con piedras preciosas, si Cristo muere de hambre en la persona de un pobre?" (Ep. 58, 7).

San Jerónimo concreta: es necesario "vestir a Cristo en los pobres, visitarlo en los que sufren, darle de comer en los hambrientos, acogerlo en los que no tienen una casa" (Ep. 130, 14). El amor a Cristo, alimentado con el estudio y la meditación, nos permite superar todas las dificultades: "Si amamos a Jesucristo y buscamos siempre la unión con él, nos parecerá fácil incluso lo que es difícil" (Ep. 22, 40). San Jerónimo, definido por Próspero de Aquitania, "modelo de conducta y maestro del género humano" (Carmen de ingratis, 57), nos ha dejado también una enseñanza rica y variada sobre el ascetismo cristiano. Recuerda que un compromiso valiente por la perfección requiere vigilancia constante, frecuentes mortificaciones, aunque con moderación y prudencia, trabajo intelectual o manual asiduo para evitar el ocio (cf. Epp. 125, 11 y 130, 15), y sobre todo obediencia a Dios: "No hay nada que agrade tanto a Dios como la obediencia (...), que es la más excelsa de las virtudes" (Hom. de oboedientia: CCL 78, 552).

En el camino ascético pueden entrar también las peregrinaciones. En particular, san Jerónimo impulsó las peregrinaciones a Tierra Santa, donde los peregrinos eran acogidos y alojados en edificios surgidos junto al monasterio de Belén, gracias a la generosidad de una mujer noble, Paula, hija espiritual de san Jerónimo (cf. Ep. 108, 14). No hay que olvidar, por último, la contribución ofrecida por san Jerónimo a la pedagogía cristiana (cf. Epp. 107 y 128). Se propone formar "un alma que tiene que convertirse en templo del Señor" (Ep. 107, 4), una "joya preciosísima" a los ojos de Dios (Ep. 107, 13). Con profunda intuición aconseja preservarla del mal y de las ocasiones de pecado, evitar las amistades equívocas o que disipan (cf. Ep. 107, 4 y 8-9; también Ep. 128, 3-4). Sobre todo exhorta a los padres a crear un ambiente de serenidad y alegría entre sus hijos, a estimularlos en el estudio y en el trabajo, también con la alabanza y la emulación (cf. Epp. 107, 4 y 128, 1), a animarlos a superar las dificultades, favoreciendo en ellos las buenas costumbres y preservándolos de las malas porque —dice, citando una frase de Publilio Siro que había escuchado en la escuela— "a duras penas lograrás corregirte de las cosas a las que te vas acostumbrando tranquilamente" (Ep. 107, 8).

Los padres son los principales educadores de sus hijos, sus primeros maestros de vida. Con mucha claridad, san Jerónimo, dirigiéndose a la madre de una muchacha y luego al padre, advierte, como expresando una exigencia fundamental de toda criatura humana que se asoma a la existencia: "Que encuentre en tí a su maestra, y que en su inexperta niñez te mire a tí con admiración. Que nunca vea en tí ni en su padre actitudes que la lleven al pecado por imitación. Recordad que (...) podéis educarla más con el ejemplo que con la palabra" (Ep. 107, 9). Entre las principales intuiciones de san Jerónimo como pedagogo hay que subrayar la importancia que atribuye a una educación sana e integral desde la primera infancia, la peculiar responsabilidad que reconoce a los padres, la urgencia de una seria formación moral y religiosa, y la exigencia del estudio para lograr una formación humana más completa.

Además, un aspecto bastante descuidado en los tiempos antiguos, pero que san Jerónimo considera vital, es la promoción de la mujer, a la que reconoce el derecho a una formación completa: humana, académica, religiosa y profesional. Y precisamente hoy vemos cómo la educación de la personalidad en su integridad, la educación en la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, es la auténtica condición de todo progreso, de toda paz, de toda reconciliación y de toda exclusión de la violencia. Educación ante Dios y ante los hombres: es la sagrada Escritura la que nos ofrece la guía de la educación y, por tanto, del auténtico humanismo.

No podemos concluir estas rápidas observaciones sobre este gran Padre de la Iglesia sin mencionar la eficaz contribución que dio a la salvaguarda de los elementos positivos y válidos de las antiguas culturas judía, griega y romana en la naciente civilización cristiana. San Jerónimo reconoció y asimiló los valores artísticos, la riqueza de los sentimientos y la armonía de las imágenes presentes en los clásicos, que educan el corazón y la fantasía despertando sentimientos nobles. Sobre todo, puso en el centro de su vida y de su actividad la palabra de Dios, que indica al hombre las sendas de la vida, y le revela los secretos de la santidad. Por todo esto no podemos menos de sentirnos profundamente agradecidos a san Jerónimo, precisamente en nuestro tiempo.